

Cada vez que leo las palabras de San Pablo que oímos en la Segunda Lectura de hoy, pienso en las palabras que mi esposa Ruth y yo recibimos de nuestra hija cuando ella enseñaba en una escuela de misionarios en Gabón, África. Nuestra hija tiene los huesos pequeños como los míos y es una mujer muy pequeña. Parece débil. A fines de su primero año en África, uno de los hombres le dijo, «Nosotros no pensábamos que tu podrías soportar las dificultades aquí». La respuesta de nuestra hija fue, «Pienso que él no entiende lo que entiendo yo: hay fuerza en debilidad». Ella, por supuesto, se remitía a las palabras de San Pablo.

Cuando nuestra hija volvió de Gabón, dijo otra cosa que nos ayuda a entender una parte del Evangelio de hoy. Mucha gente se confunde cuando oye que Jesús tenía hermanos y hermanas. Citando pasajes tales como el Evangelio de hoy, que menciona a los hermanos y las hermanas de Jesús, muchos Protestantes dicen que nuestra Virgen Madre no era o no quedó virgen y que ella dio la luz otros hijos además de Jesús. Ellos no entienden que el idioma hebreo del Antiguo Testamento y el idioma arameo que habló Jesús además del griego en la cual el Nuevo Testamento era escrito no tenían una palabra que significa «sobrino» o «primo». Llamaban «hermanos» a los parientes varones que no eran o padres o hijos. En español decimos primos hermanos; es exactamente lo mismo.

Hoy, además, por lo menos en partes de África se encuentra el mismo uso de la palabra «hermano». El vecino de al lado de nuestra hija en África no estaba casado pero cuidaba a los hijos de sus hermanos y hermanas. En Gabón, que está al oeste en África, todos los niños de los hermanos son sus niños. Además, el uso es el mismo en Kenia, que está al este en África. Mi esposa Ruth enseñó el tercer grado en la escuela primaria antes de jubilarse. Un día en su clase los niños estaban hablando acerca de las relaciones de la familia y estaban diciendo cuantos hermanos y hermanas tenían. Una niña de Kenia estaba en la clase; ella bajó su cabeza a su pupitre y comenzó a llorar. Fue la hora para el recreo, así cuando los otros dejaron el aula, Ruth preguntó a la niña por qué lloraba. Ella contestó que había vivido en los Estados Unidos durante tres años y así no sabía cuántos hermanos y hermanas tenía. En Kenia como en Gabón, los primos se llaman hermanos y hermanas exactamente como en la Biblia. Debemos cuidar que no imponer nuestro entendimiento de las relaciones a otra cultura.

Entender las palabras de la Escritura es importante, pero entender el mensaje de la Escritura es más importante. Las tres lecturas de hoy nos dan un mensaje importante. La primera lectura y el Evangelio son relatos del rechazo de Dios recibió de su pueblo elegido: Dios dice a su profeta Ezequiel que tiene que comunicar el mensaje de Dios a su pueblo, sabiendo que tal vez la gente no lo escuche a él. En el Evangelio la gente que ha visto crecer a Jesús y que conoce a su familia no puede creer que él tiene la comprensión exhaustiva de otros y el poder para trabajar los milagros. Ellos ven solamente al Jesús humano.

Estas dos lecturas nos recuerdan que debemos buscar la presencia de Dios los unos en los otros. No podemos esperar ver la divinidad en la manera que estaba presente la divinidad en nuestro Señor Jesús, pero la Escritura misma nos dice que Jesús está presente en los demás. Recuerdan que el hombre Saulo, que se convirtió en San Pablo, fue de viaje para detener a los seguidores de Jesús. De camino «le envolvió de repente una luz . . . y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Preguntó él: «¿Quién eres tú, Señor?» Y él respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues»» (Hechos 9:3-5). Perseguir los seguidores de Jesús es perseguir a Jesús. Por otro lado, me recuerdo las palabras de Madre Teresa de Calcuta, que dijo que cuando ella veía a los enfermos y a los moribundos, ella veía el rostro de Jesús. Y en el Evangelio según San Mateo Jesús nos dice, «En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí» (san Mateo 25:40). Siempre debemos ser consciente de la presencia divina en los otros.

Quisiera concluir volviendo a las palabras de San Pablo acerca de llevar «una espina clavada en su carne». No sabemos lo que fue la espina: tal vez fue un problema con la vista. Tal vez fue la persecución, porque en el Antiguo Testamento una «espina» se entendía como la persecución. Aunque no sabemos lo que fue aquella espina, todos nosotros podemos identificarnos con las palabras de San Pablo, así como mi hija. Aunque algunos entre nosotros pueden enorgullecerse de su fuerza física, todos nosotros sabemos que de algunas maneras somos débiles. Necesitamos recordar la respuesta de san Pablo. San Pablo no depende de sí mismo. Por Cristo, sin embargo, él puede decir: « . . . cuando soy más débil, soy más fuerte».

En una conversación con uno de mis nietos que es un levantador de pesas acerca de su propia debilidad, le dije que he encontrado otra declaración de San Pablo que es útil para mi: «Todo lo puedo en aquel que me fortalece» (Filipenses 4:13). Y dijo, «Abuelo, me gusta eso». Con sólo mi propia fortaleza, no puedo hacer lo que Dios me ha llamado a hacer, pero con su ayuda puedo hacerlo. Como San Pablo todos nosotros tenemos debilidades y necesidades, pero en y por Cristo, que es nuestra fortaleza, unidos podemos hacer grandes cosas. Además de nuestras debilidades, Dios nos ha dado a cada uno de nosotros su ayuda y los dones para ayudarnos los unos al otros. Con San Pablo podemos decir: “. . . cuando soy más débil, soy más fuerte.” En Cristo, unidos como la comunidad hispana de la Iglesia Santa Cecilia, haremos grandes cosas. Que reconozcamos nuestra debilidad para que podemos volver a nuestro Señor Jesús por nuestra fuerza.